

LA LEYENDA DE SANTA LUCÍA

2º

Popular italiana

1. Sul ma-re lu-cci-ca l'as-tro d'ar-gen-to, plá-ci-da e l'on-da, pros-pe-ro il
2. En el mar bri-lla pla-tea-do as-tro, plá-ci-dá o-la, prós-pe-ro el

8 ven-to. Ve-ni-te all' a-gi-le, bar-che-tta mi-a.
vien-to. Ven a lá á-gil bar-qui-ta mí-a.

13 San-ta-Lu-ci-a, San-ta Lu-cí-a. San-ta Lu-cí-a.

<https://ideaswaldorf.com/santa-lucia/>

Hace cientos de años vivió en el sur de Värmland una vieja mujer llamada Lady Rangela, muy rica y codiciosa, quien poseía un castillo, o mejor dicho, una mansión fortificada junto a la estrecha entrada de una larga bahía. Ella mandó construir un puente levadizo sobre esta entrada estrecha, y puso un fuerte guardia que lo bajaba para aquellos viajeros que aceptaban pagar el peaje que ella exigía, pero que lo mantenía en alto para aquellos demasiado pobres o que rehusaban pagar el peaje. Como no había una barca que los transportara, estos últimos viajeros se veían obligados a dar una gran vuelta por la orilla de la bahía, un desvío de varios kilómetros.

Lady Rangela causó mucho descontento cuando empezó a cobrar este peaje, y probablemente los robustos granjeros que tenía por vecinos la hubiesen forzado a dejarlos pasar libremente si es que ella no hubiese contado con la protección de un poderoso amigo. Su defensor se llamaba Lord Eskil y vivía en un castillo de verdad, con grandes muros y torres, y era tan rico que sus tierras abarcaban todo un distrito; contaba con un séquito de sesenta seguidores armados que lo acompañaban cuando cabalgaba por el país, y además era un valioso consejero del rey. Lord Eskil no era un simple amigo de Lady Rangela, sino que ella había logrado convertirlo en su hijo político y, por lo tanto, era bastante natural que nadie se atreviese a interferir con las actividades de la avara mujer.

Año tras año, Lady Rangela mantuvo esta práctica sin oposición alguna, hasta que ocurrió algo que la llenó de incertidumbre. Un día, su pobre hija murió súbitamente, y Lady Rangela concluyó que un hombre como Lord Eskil, con ocho hijos menores de edad y con un palacio digno de un rey, no tardaría mucho en casarse – además de que todavía no era nada viejo. Pero, si la nueva esposa le fuese hostil a Lady Rangela, esto podría serle muy perjudicial pues se vería obligada a tener que desarrollar mejores relaciones con la nueva señora Eskil que con el mismo Lord Eskil, quien se encargaba de una infinidad de asuntos y viajaba constantemente, recayendo entonces sobre la esposa la responsabilidad de dirigir la vida del castillo y sus alrededores.

Lady Rangela sopesó este asunto cuidadosamente y, una vez terminado el funeral, cabalgó hacia el castillo de Lord Eskil y buscó hablar con él en privado. Entonces llevó la conversación hacia sus ocho hijos y el cuidado que necesitarían; los innumerables sirvientes que tendrían que ser supervisados, alimentados y vestidos; los grandes banquetes a los que frecuentemente se invitaban a reyes y príncipes; los grandes ingresos provenientes de su ganado, campos, áreas para cazar, colmenas de abejas, huertos, y pesca. Alguien tendría que lidiar con todo esto y llevar las cuentas de esta inmensa casa, alguien tendría que hacerse cargo de todo lo que su difunta esposa se había hecho responsable en el pasado. De esta forma, creó una imagen atemorizante de las grandes dificultades que se acumularían ante él después de la muerte de su esposa.

Lord Eskil escuchó todo esto con el respeto que se le debe a una suegra, pero con cierto fastidio pues pensaba que con seguridad Lady Rangela deseaba ofrecerse para ocupar el cargo de administradora de su castillo. Pero él tenía que confesar que esta vieja mujer, con su doble barbilla y nariz de gancho, con su voz áspera y codicia de campesina, no sería una compañía muy placentera en su casa.

-*"Mi querido Lord Eskil"*, continuó Lady Rangela, quien parecía darse cuenta del efecto que habían causado sus palabras.

-*"Yo sé que usted tiene la posibilidad de llevar a cabo un matrimonio muy ventajoso, pero también sé que es lo suficientemente rico como para considerar el bienestar de sus hijos antes que la dote y herencia que tal matrimonio pudiese brindarle, así es que me gustaría sugerirle que escoja a una de las primas jóvenes de mi hija como su sucesora"*.

La cara de Lord Eskil se aclaró visiblemente cuando escuchó que lo que su suegra recomendaba era una relación con una jovencita, lo cual le dio ánimos a Lady Rangela para continuar con más seguridad y persuadirlo de que se casara con Lucía, la hija de su hermano, el juez principal de la comarca. Lucía cumpliría diecinueve años el día de Santa Lucía y había sido criada hasta el momento por las piadosas monjas del claustro de Riseberga, educada no sólo con buenos hábitos y modales, sino que las monjas le habían inculcado además una devoción estricta y le habían enseñado cómo dirigir una mansión magnífica.

-*"Si usted no considera su juventud y pobreza como desventajas"*, continuó Lady Rangela, *"entonces debería de escogerla como futura esposa. Sé que mi difunta hija le hubiese confiado*

a ella el cuidado de sus hijos de buen agrado, y si usted les da a sus hijos a la prima de su madre como madrastra, entonces mi hija no tendrá que volver de su tumba como Lady Dyrít”.

Lord Eskil, quien nunca disponía de mucho tiempo para pensar en sus propios asuntos, le estuvo muy agradecido a Lady Rangela por sugerirle esta pareja tan apropiada. Le pidió una semana para considerar la propuesta y estar seguro, pero ya para el segundo día le daba poderes completos a Lady Rangela para que se encargara de todo. Los preparativos para la boda empezaron tan pronto como se definieron los detalles, de forma que la joven dama llegaría al castillo a comienzos de la primavera, después de haber cumplido los diecinueve años.

Una vez que Lady Rangela estimó lo mucho que su sobrina le debería por haberla ayudado a convertirse en ama y señora de este espléndido y rico castillo, se sintió más segura que hasta cuando su propia hija había gobernado allí. En su júbilo, elevó el costo del peaje y prohibió a sus vecinos de forma muy estricta que ayudaran a los viajeros a cruzar en bote por ese estrecho, de forma que nadie se escapara de pagarle lo que le correspondía.

Sin embargo, en una hermosa mañana de primavera y después de que Lady Lucía ya había estado viviendo en el castillo por un par de meses, ocurrió que una larga fila de peregrinos enfermos se encaminó hacia el Pozo de la Santa Trinidad en una villa cercana, y solicitaron que se les dejase pasar por encima del puente. Estas personas habían emprendido este peregrinaje con la esperanza de recuperar la salud y estaban acostumbradas a que aquellos que vivían en los alrededores les facilitaran las cosas y los ayudaran, además de que frecuentemente recibían dinero en lugar de tener que gastarlo.

No obstante, los guardias del puente habían recibido órdenes estrictas de parte de Lady Rangela de no conceder ningún tipo de indulgencia, menos aún a este tipo de viajeros, pues ella sospechaba que no estaban tan enfermos como decían estarlo y que más bien vagabundeaban por las comarcas de pura ociosidad.

Cuando las personas enfermas vieron que se les rehusaba el pase, elevaron un lamento como nunca antes se había escuchado. Los lisiados e incapacitados señalaban sus miembros y se preguntaban cómo alguien podía ser tan duro de corazón como para aumentarles este peregrinaje en al menos un día más. Los ciegos cayeron de rodillas y avanzaron a tientas hacia los guardias del puente para besarles las manos, mientras que algunos de los amigos y parientes que acompañaban a los enfermos para ayudarlos en su viaje voltearon sus carteras y bolsillos para mostrar que estaban vacíos.

Pero los guardias permanecieron inmovibles, haciendo que la impotencia de los desafortunados llegara a límites indecibles. De pronto y para su buena fortuna, Lady Lucía pasaba por allí en bote, acompañada de sus hijastros.

Cuando escuchó el ruido se apresuró hacia la conmoción, y tan pronto se enteró de la causa dijo: “

–“Esto puede ser remediado fácilmente. Dejemos un rato a los niños en la orilla para que visiten a su abuela, Lady Rangela, mientras que yo ayudo a transportar a estos viajeros enfermos hacia la otra orilla”.

Tanto guardias como niños, quienes sabían lo peligroso que era contradecir a Lady Rangela en este asunto de su preciado peaje del puente, trataron de advertirle a la joven dama a través de señas y miradas, pero ella no se dio cuenta de nada o quizás no quiso darse por aludida. En este sentido, la joven dama era opuesta a su tía, Lady Rangela, pues desde muy temprana edad había amado y honrado a la doncella siciliana canonizada como Santa Lucía, su santa patrona, y a quien había entregado su corazón. A cambio, la santa había llenado todo su ser con luz y calor, lo cual se mostraba en su apariencia: casi daba temor tocarla debido a su delicada transparencia y resplandor.

Llena de palabras amables hacia las personas enfermas, Lady Lucía ayudó a transportarlas por el estrecho, retirándose sólo cuando la última de las personas de esa multitud fue depositada en la otra orilla. Todos le enviaban una montaña de bendiciones que, de haberse convertido en regalos, hubiesen hundido el bote antes de haber llegado a la otra orilla.

Ciertamente, de ahora en adelante iba a necesitar de todas esas bendiciones y buenos deseos, pues su tía empezó a temer que su sobrina no fuese a apoyarla y se arrepintió amargamente de haberla hecho la esposa de Lord Eskil. Decidió que, de la misma forma como había logrado elevar tan fácilmente a esta pobre doncella, así también la bajaría de esta alta posición y la enviaría de vuelta a su insignificancia anterior.

Para ser capaz de asestarle un golpe certero a su sobrina, escondió sus malvadas intenciones y empezó a visitarla frecuentemente en el castillo. Allí trataba de sembrar discordia entre las personas del castillo y la joven ama de casa, para que así esta última se cansara de su posición; pero, ante su gran asombro, esto falló completamente pues Lady Lucía, a pesar de su juventud, sabía mantener la casa espléndidamente ordenada. Sin embargo, la verdadera razón por la que tanto niños como sirvientes la respetaban era porque se daban cuenta de que la nueva ama de casa estaba bajo una poderosa protección celestial, la cual castigaba a sus opositores y concedía ventajas inesperadas a aquellos que la servían bien y de buen agrado.

Lady Rangela pronto se dio cuenta de que no lograría nada de esta forma, pero tampoco deseaba darse por vencida hasta que hubiese intentado algo con Lord Eskil. Sin embargo, ese verano él pasó la mayor parte del tiempo en la corte del rey, retenido por negociaciones largas y difíciles y, cuando volvía a su hogar, era sólo por pocos días que dedicaba casi exclusivamente a trabajar con sus administradores y cazadores. A las mujeres del castillo casi no les prestaba atención alguna, e incluso cuando Lady Rangela llegaba de visita, él se mantenía alejado y ella no lograba verlo a solas.

Un hermoso día de verano, cuando Lord Eskil se encontraba en su castillo reunido con el encargado de las caballerizas, se escucharon ecos de gritos tan fuertes que Lord Eskil interrumpió la conversación y salió disparado para ver qué pasaba.

Allí encontró a su suegra, Lady Rangela, montada sobre su caballo en frente de las puertas del castillo y chillando más que un búho.

"Son tus pobres hijos, Lord Eskil", chilló ella. "Corren peligro de ahogarse; esta mañana fueron en bote hacia mi orilla, pero cuando estaban regresando observé desde mi casa que su

bote se había inundado. He cabalgado sin parar para advertirle de la terrible situación en la que se encuentran en estos momentos. Me temo que, a pesar de que su esposa es la hija de mi hermano, fue erróneo de parte de ella dejarlos salir en un bote tan endeble. De verdad que eso pareciera ser la obra de una madrastra”.

Lord Eskil preguntó rápidamente en qué dirección habían ido los niños y salió disparado hacia ese lugar, seguido por el encargado de los establos. Sin embargo, no había avanzado mucho cuando vio que Lady Lucía y los niños trepaban por el sendero empinado que conducía desde el lago hacia el castillo.

La joven ama de casa no había ido con los niños en esa excursión porque tenía asuntos pendientes que atender, pero fue como si recibiera una advertencia de su poderosa protectora celestial, la que siempre la cuidaba, pues súbitamente dejó el castillo en busca de los niños. Ocurrió entonces que vio cómo ellos gritaban y agitaban los brazos, tratando de atraer su atención, así es que se apresuró y logró en el último instante rescatar a los niños, transportándolos a su bote mientras que el otro terminaba por hundirse.

Mientras Lady Lucía y sus hijastros trepaban por el sendero que ascendía desde la orilla, ella se encontraba tan concentrada preguntándoles cómo era que se habían metido en tremenda dificultad, y los niños a su vez le contaban acerca de lo ocurrido, que no se percataron que Lord Eskil se dirigía hacia ellos. Ahora, debido al comentario de Lady Rangela acerca de la maldad de una madrastra, Lord Eskil se encontraba fastidiado así es que le señaló al encargado de los establos que se escondiera rápidamente detrás de los rosales silvestres que cubrían casi por completo la colina sobre la que se elevaba el castillo.

Entonces Lord Eskil escuchó a los niños contar sobre cómo habían salido en un buen bote, pero que mientras habían estado visitando a Lady Rangela alguien les había cambiado su bote por otro viejo y descompuesto. Los niños le dijeron a Lady Lucía que recién se dieron cuenta del cambio cuando ya se encontraban lejos de la orilla y el agua había empezado a entrar por todas partes, y con seguridad se hubiesen ahogado si su querida dama madre no hubiese llegado tan rápidamente a rescatarlos.

Lady Lucía tuvo un presentimiento de lo que en realidad había ocurrido con este intercambio de botes, pues se quedó mortalmente pálida en medio de su ascenso, sus ojos llenos de lágrimas y sus manos presionadas contra el corazón. Los niños la rodearon para tranquilizarla y la animaron diciéndole que todo había salido bien y que habían logrado escapar de este peligro, pero ella permaneció inmóvil y sin fuerza alguna.

Entonces, los dos hijastros mayores, dos jóvenes fuertes de catorce y quince años, formaron una silla uniendo sus manos y de esta forma la llevaron por el empinado sendero, mientras que los más pequeños los seguían riéndose y aplaudiendo.

Mientras la pequeña comitiva avanzaba triunfalmente por entre las rosas en dirección al castillo, Lord Eskil permaneció allí pensativo, observando a su esposa e hijos. La joven mujer se veía tan encantadora y extrañamente radiante que él hubiese deseado, a pesar de su edad y dignidad, que se le permitiera llevarla en brazos cargada hasta el castillo.

Probablemente, en ese momento Lord Eskil pensaba sobre la poca felicidad y las muchas aflicciones que se le amontonaban estando al servicio de su soberano, mientras que

quizás aquí, en su propio hogar, lo estaban esperando la paz y la alegría. Al menos ese día no se encerró en su estudio, sino que se la pasó conversando con su esposa y observando a los niños jugar.

Sin embargo, Lady Rangela sintió gran incomodidad y se alejó del castillo tan pronto como la decencia se lo permitió. Debido a que nadie en el castillo se atrevió a sospechar que ella había puesto en peligro la vida de sus nietos para indisponer a Lady Lucía frente a su amo y señor, las relaciones amigables no se rompieron y ella pudo continuar con sus esfuerzos de desplazar a la joven ama de casa de su alta posición.

Por largo tiempo pareció como si todos los intentos de la vieja mujer estuviesen destinados a fracasar, pues el bondadoso corazón de Lady Lucía y su conducta intachable, además de la ayuda de su santa patrona celestial, la hacían invulnerable a todos los ataques. Pero durante el otoño y para gran alegría de Lady Rangela, su sobrina hizo algo que con seguridad Lord Eskil iba a desaprobado.

Ese año, la cosecha del castillo había sido tan abundante que de lejos excedía a la del año anterior, y a la de todos los años anteriores que la gente pudiese recordar. De forma similar, la pesca y caza habían rendido el doble de lo usual, las colmenas de abejas se derramaban con miel y cera, y los campos estaban repletos de cereales. Las vacas daban tanta leche que se rebalsaba de los baldes, la lana de las ovejas era tan larga como el pasto, y los cerdos estaban tan gordos que casi no podían ni moverse. Todos aquellos que vivían en el castillo se daban cuenta de esta gran bendición y no dudaban en decir que todo esto había recaído sobre ellos gracias a Lady Lucía.

Sin embargo, mientras todos en el castillo andaban ocupados cosechando y procesando la abundancia de ese año, aparecieron muchas personas afligidas que venían desde la orilla este del lago. Con muchas lágrimas y gestos lastimosos contaban cómo había sido saqueada y quemada toda la región de la que procedían por un ejército que había merodeado por la zona. Los soldados fueron tan viles que hasta prendieron fuego al maíz que todavía no había sido cosechado y dispersaron todo el ganado. Aquellos habitantes que habían logrado escapar vivos tendrían que pasar el invierno sin un techo sobre ellos y sin provisiones; algunos estaban mendigando, otros estaban escondidos en los bosques, mientras que otros andaban por entre las ruinas, incapaces de ejecutar ningún trabajo y sólo lamentándose de sus pérdidas.

Lady Lucía se entristeció al escuchar estas historias de penurias frente a la abundancia de provisiones con las que contaba el castillo. Finalmente, el pensamiento de gente muriéndose de hambre al otro lado del lago se volvió tan abrumador que casi ya no podía poner un trozo de comida en su boca.

Cada día pensaba en las historias que había escuchado en el convento acerca de hombres y mujeres santos que se habían quedado sin vestimenta alguna por ayudar a los pobres y necesitados. Por encima de todo recordaba a su propia patrona, Santa Lucía de Siracusa, una mujer italiana que por compasión a un joven pagano que se había enamorado de ella debido a sus hermosos ojos, había llegado al extremo de removerse los ojos de sus órbitas y se los había entregado, cubiertos de sangre y sin luz, para curarlo del amor que sentía por la virgen cristiana que no podía pertenecerle. La joven dama se atormentaba

extremadamente cuando recordaba tanto sufrimiento y se despreciaba a sí misma por no intentar hacer algo para disminuirlo.

Mientras la asaltaban estos pensamientos, llegó un mensaje de Lord Eskil diciendo que tenía que irse a Noruega en una misión encargada por el rey y que no volvería a casa sino hasta Navidad, pero que al regresar no lo haría sólo con sus sesenta hombres, sino que además vendría con un gran número de parientes y amigos. Le pedía entonces a Lady Lucía que se organizara para alojar a todas estas personas por un período largo de tiempo.

El mismo día en que Lady Lucía se enteró de que su esposo no volvería durante el otoño, empezó a dedicarle atención a la preocupación que tanto la había torturado. Ordenó a las personas bajo su mando que llevaran todas las provisiones que se habían almacenado en el castillo hacia la orilla del lago, acomodándolas en botes y barcasas ante el gran asombro de los trabajadores del castillo.

Una vez que todas las bodegas y alacenas quedaron vacías, Lady Lucía, acompañada por los niños, sirvientes y doncellas, subió a bordo de un bote bien equipado, dejando atrás sólo a unos cuantos guardias viejos a los que les confió el cuidado del castillo. Entonces hizo que otros remaran para que la transportaran con todos sus víveres a través del lago que se extendía frente a ella, inmenso como el mar.

Desde tiempos remotos se cuentan muchas historias sobre este viaje que Lady Lucía emprendió. Unos dicen que aquella parte del lago en donde el enemigo causó mayor daño estaba casi desierta cuando Lady Lucía arribó y, a pesar de que ella buscó tristemente por algún signo de vida o movimiento, no encontró humo que se elevara al cielo, ni gallo que cantara, ni ganado que mugiera.

No obstante, todavía encontraron al viejo sacerdote llamado Master Kolbjörn viviendo en la parroquia, quien no había seguido a su rebaño de feligreses que había huido de las ruinas debido a que tenía la sacristía y la iglesia repleta de heridos. Se había quedado vendando sus heridas y compartiendo con ellos lo poco que podía llamar suyo, sin permitirse a sí mismo ni comida ni descanso, razón por la cual se encontraba tan débil que sintió que pronto iba a morir. En uno de los días más oscuros del otoño, cuando pesadas nubes cubrían el lago y olas negras se agitaban sobre la orilla, cuando la penumbra de la naturaleza hacía que toda desesperanza y angustia parecieran peores, Master Kolbjörn, quien ya no podía officiar más una misa, fue a jalar la soga de la campana de su iglesia para pedir la bendición de Dios sobre estas desamparadas tierras. Y he aquí que ni bien el sonido de las campanas había terminado de resonar que una pequeña flota de barcos y barcasas se acercó remando hacia la tierra. Una joven y hermosa mujer, con una cara que brillaba como la luz, bajó de uno de los barcos; delante de ella avanzaban ocho niños gloriosos y detrás de ella venía una larga fila de sirvientes trayendo todo tipo de provisiones: terneras y ovejas asadas, canastas llenas de lonjas de pan, barriles con cerveza y sacos de harina. La ayuda había llegado justo en el último momento, casi como por milagro.

No muy lejos de la iglesia de Master Kolbjörn, en un cabo que corría bruscamente hacia el lago y que se llamaba Punto Tijera, se erigía una antigua granja que ahora se encontraba toda quemada y saqueada; sin embargo, su dueño, un hombre de setenta años, amaba tanto su predio que no concebía dejarlo. Junto a él se habían quedado su anciana esposa, un nieto

y una nieta, quienes habían estado pescando para sobrevivir, pero que durante una noche de tormenta habían perdido todo su equipo de pesca y ahora permanecían sentados en las ruinas, esperando a que la muerte les llegase. Mientras esperaban de esta forma, el granjero pensó en su perro que yacía allí, languideciendo pacientemente con ellos; así es que, con las últimas fuerzas que le quedaban, el granjero cogió un tablón y golpeó al perro para espantarlo, pues no deseaba que también muriera por algo que no tenía solución. El perro gimió fuertemente con el golpe y se escapó, aullando toda la noche en los alrededores de la granja, lo cual se escuchó en las lejanías del lago y, antes del amanecer, Lady Lucía remaba hacia ese lugar guiada por el ruido del perro, brindándoles la tan necesitada ayuda.

Más allá había una pequeña casa rodeada por una pared en donde habitaban mujeres santas que le habían jurado a Dios nunca dejar ese lugar. Los soldados mostraron algo de consideración hacia estas hermanas piadosas y, si bien no le hicieron daño a la casa, las despojaron de todas sus provisiones para el invierno. La única cosa que se les permitió conservar fue un palomar lleno de palomas, las que fueron matando poco a poco hasta que sólo les quedó una paloma. Pero, como las piadosas mujeres amaban mucho a esta mansa paloma, no deseaban prolongar sus propias vidas comiéndosela, así es que abrieron el palomar y la dejaron en libertad. La blanca paloma se elevó hacia lo alto del cielo, volviendo después hacia abajo y asentándose en el borde del techo. Justo en ese momento Lady Lucía estaba remando junto a la orilla, buscando a alguien que necesitara de su ayuda y, cuando vio a la paloma, pensó que en donde había una paloma también debían de haber personas. Así es que bajó a tierra firme y entregó a las piadosas mujeres tanta comida como fuese necesario para sobrevivir el invierno.

Siguiendo por la orilla hacia el sur se veía una pequeña aldea de comerciantes, ahora toda saqueada y reducida a cenizas. Lo único que permanecía intacto eran los muelles en donde se solían atar los botes y, debajo de estos embarcaderos, se encontraba un hombre llamado Lasse, el mercader, quien se había escondido junto con su esposa cuando el pueblo había sido destruido. Ella había dado a luz a un niño mientras se había librado la batalla más arriba, después de lo cual había estado tan enferma que no había podido escapar y su esposo se había quedado con ella. Pero ahora su angustia era muy grande y no pasaba día sin que le suplicara a su esposo que pensara en sí mismo y la dejara a la buena de Dios. Como se dio cuenta que él jamás la abandonaría, una noche gateó fuera de su escondite y se deslizó hacia el agua, pensando que una vez que ella y el bebé estuviesen muertos, él escaparía y así se salvaría. Pero, al entrar en contacto con el agua fría, el niño lloró tan fuertemente que el hombre se despertó y los trajo a ambos de vuelta hacia la orilla. Sin embargo, el susto hizo que el niño llorara toda la noche, y su llanto fue llevado por sobre el agua y trajo a la solícita ayudanta que había estado remando sobre el lago en constante búsqueda.

Mientras tuvo cosas que compartir, Lady Lucía continuó navegando a lo largo de la orilla del lago, sintiendo que nunca antes su corazón había estado tan ligero y lleno de alegría como durante este viaje. En realidad, no hay nada más duro que permanecer inmóvil e inactivo cuando se escucha acerca de las desgracias terribles que afectan a un extraño, así como también no hay nada que conlleve mayor felicidad y el más dulce descanso que cuando somos capaces de ayudar a otro, incluso con algo muy pequeño. Lady Lucía sentía así un gran alivio

y alegría, sin la menor premonición de que algo terrible podía estar esperándola cuando llegaron al atardecer al castillo, la víspera del día de Santa Lucía. A la hora de la comida, la que sólo consistió de un poco de leche, ella habló con los que la habían acompañado acerca del encantador viaje que habían realizado juntos, y todos estuvieron de acuerdo de que jamás habían conocido días tan llenos de dicha.

“Pero ahora nos esperan tiempos de duro trabajo”, continuó ella. “No podremos celebrar el día de Santa Lucía con banquetes como en años pasados, pues tendremos que ponernos a fermentar cerveza y a matar animales para preparar el festín de Navidad y así poder darle la bienvenida a Lord Eskil”.

La joven dama era capaz de decir esto sin una pizca de ansiedad porque sabía que los establos, los graneros y los almacenes estaban llenos de los buenos regalos de Dios, aunque en ese momento no hubiese nada preparado para alimentar a las personas.

A pesar de que el viaje había sido un evento lleno de felicidad, todos los que participaron estaban muy cansados y se fueron temprano a la cama. Sin embargo, no había pasado mucho rato desde que Lady Lucía había cerrado sus ojos que se escuchó el cascabeleo de cascos de caballos, el golpeteo de armas, y fuertes gritos en frente del castillo. Los portones del castillo se abrieron de par en par, se escuchó el crujir de las bisagras y el repiqueteo de pies apurados sobre las piedras del patio.

Lady Lucía se dio cuenta de que Lord Eskil había regresado con sus caballeros y saltó rápidamente de la cama para darle el encuentro. Después de ponerse apresuradamente sus ropas, corrió hacia el balcón para bajar las escaleras que conducían al patio, pero no llegó más allá del primer escalón pues Lord Eskil ya estaba a mitad de camino en dirección hacia su cuarto. El encargado de llevar la antorcha iba delante de él y, bajo esta luz, a Lady Lucía le pareció como si la cara de Lord Eskil reflejara una cólera terrible. Por un momento tuvo la esperanza de que la luz roja y humeante de la antorcha tergiversara su cara, de forma que se viera tan ceñuda y amenazadora, pero cuando vio que los niños y sirvientes tenían una apariencia abatida y miserable y retrocedían ante él, se percató de que su esposo había vuelto a casa lleno de ira, listo para imponer justicia y aplicar castigo.

Estando así parada y mirando hacia abajo, con creciente miedo Lady Lucía se dio cuenta de que Lord Eskil estaba sonriéndole de forma forzada.

“¿Acaso viene, noble ama de casa, para agasajarme con una comida de bienvenida?” dijo burlonamente.

“Por ahora son en vano sus amables esfuerzos pues mis hombres y yo ya hemos comido con su pariente, Lady Rangela. Pero mañana,” agregó, y en ese instante lo dominó la cólera y golpeó la barandilla con su mano, *“espero que en honor a su patrona Santa Lucía nos sirva un desayuno digno de esta casa. Y no se olvide de traerme mi cerveza mañanera apenas cante el gallo”.*

La joven doncella no pudo emitir palabra alguna. De igual forma como le había ocurrido el verano pasado cuando presintió que Lady Rangela había tramado dejarla mal a costa de los niños, así también se quedó parada y sin poder moverse, con las manos presionadas contra su pecho y los ojos llenos de lágrimas. Ahora se daba clara cuenta de que Lady Rangela era la que había mandado llamar a Lord Eskil para que volviese a casa antes de lo previsto, y quien se había encargado de indisponerlo contándole lo que ella había hecho con sus bienes.

Lord Eskil subió unos cuantos escalones más y, sin sentir un mínimo de compasión por su afligida esposa, se inclinó sobre ella y le dijo con voz terrible: "Por la Cruz de Nuestro Salvador, Lady Lucía, escucha bien estas palabras: si no me gusta el desayuno de mañana, ¡te juro que te arrepentirás todos los días de tu vida!"

Después de haber dicho esto, puso pesadamente la mano sobre el hombro de su esposa y la empujó por delante de él hacia su recámara.

Mientras caminaba hacia su dormitorio, Lady Lucía sintió como si se le hubiese revelado algo súbitamente, algo que por alguna extraña razón no había logrado ver hasta ahora: se dio cuenta de que había actuado de forma irreflexiva y arrogante, y de que Lord Eskil tenía razón de estar molesto con ella por haber dispuesto de sus posesiones sin preguntarle. Ahora que estaban solos trató de expresarle todo esto y, con gran arrepentimiento, intentó pedirle perdón por esta desconsideración propia de su juventud, pero él no permitió que le dirigiera palabra alguna.

-*"Váyase a su cama, Lady Lucía"*, dijo él.

-*"¡Y asegúrese de no levantarse antes de la hora usual! Y como mi cerveza mañanera y la comida de bienvenida no sean de mi satisfacción, entonces tendrá que caminar por una senda para la que necesitará de toda tu fortaleza"*.

Lady Lucía tuvo que contentarse con esta respuesta, la que contribuyó a aumentar aún más su ansiedad – podemos comprender entonces que ella no pudiese pegar los ojos durante el resto de la noche. Se echó y pensó acerca de lo que su esposo le había dicho y, cuanto más consideraba sus palabras, más claro le quedaba que la había amenazado gravemente.

Lord Eskil quería asegurarse de que su esposa hubiese actuado tan mal como Lady Rangela había sostenido, así es que decidió no condenarla sino hasta comprobar por sí mismo que era incapaz de agasajarlo como él esperaba, en cuyo caso le aguardaría un castigo terrible.

Lo mínimo sería declararla indigna de permanecer como su esposa y enviarla de vuelta a casa de sus padres, pero de acuerdo a las últimas palabras que había pronunciado, Lady Lucía dedujo que la condenaría a algo terrible, probablemente a ser juzgada como una simple y vulgar ladrona. Una vez que se convenció de que eso sería lo que ocurriría – y de hecho ese era el caso pues Lady Rangela había logrado enfurecer locamente a Lord Eskil – su cuerpo empezó a temblar, sus dientes a castañetear y se sintió morir. Sabía que tenía que valerse de las horas de la noche para encontrar ayuda y cocinar algo apropiado, pero su gran horror la paralizaba tanto que se quedó allí sin poder moverse.

-*"¿Cómo podré alimentar a mi señor y a sus sesenta hombres temprano por la mañana?"* pensaba en su angustia.

-“Mejor quedarme quieta hasta que llegue la hora de mi desgracia”.

Lo único que hacía para buscar su salvación era mandar, hora tras hora, oraciones fervientes a Santa Lucía de Siracusa.

-“Oh, Santa Lucía, mi madre guardiana”, rezaba,

-“Mañana es el día en que sufriste la muerte de mártir y entraste al paraíso del cielo. Recuerda lo oscuro, duro y frío que es vivir sobre la tierra, así es que ven esta noche y llévame contigo, ven y cierra mis ojos en el dormir de la muerte, pues bien sabes que esta es la única salida ante el deshonor y el castigo vergonzoso”.

Las horas de la noche fueron pasando y el terrible amanecer se fue acercando mientras Lady Lucía invocaba la ayuda de su santa patrona. Mucho antes de lo esperado cantó el primer gallo, los hombres que cuidaban las vacas empezaron a caminar por el patio y los caballos se pararon en sus establos con un repiqueteo.

“Pronto se despertará Lord Eskil”, pensó ella, “y me ordenará que le traiga su cerveza de la mañana, entonces tendré que confesarle que actué tontamente y que no hay cerveza para calentar”.

En ese momento de gran peligro para la joven dama, su amiga celestial ya no podía contener más el deseo de querer ayudar a su protegida, quien después de todo sólo había errado por un exceso de compasión. El cuerpo terrenal de la santa, el que había descansado por cientos de años en las estrechas catacumbas de Siracusa, súbitamente se llenó con el espíritu de vida y la santa recuperó otra vez su belleza terrenal y el uso de sus extremidades; se envolvió en una vestimenta tejida con luz de estrella y se fue al mundo en el que alguna vez había sufrido y amado.

Unos momentos más tarde, el atónito vigilante de la torre del castillo vio una maravilla nocturna: a lo lejos divisó una bola de fuego que, dirigiéndose hacia el castillo desde el sur, cruzó el espacio tan rápidamente que sus ojos apenas pudieron seguir su trayectoria. Esta esfera pasó tan cerca de él que casi pudo tocarla, pero desapareció casi instantáneamente. Al vigilante le pareció que este globo de fuego llevaba adentro una hermosa doncella: la punta de los dedos de sus pies apenas lo tocaban, sus brazos estaban estirados hacia arriba, y parecía como si estuviese retozando y bailando dentro de este carruaje resplandeciente.

Casi al mismo tiempo, Lady Lucía, quien no había podido dormir del miedo y que se encontraba temblando en su lecho, vio una luz resplandeciente por debajo de la grieta de la puerta de la recámara. Entonces, ante su gran asombro y alegría, la puerta se abrió súbitamente y una hermosa doncella, vestida con una túnica tan blanca como la luz de las estrellas, entró a su cuarto. Su largo pelo negro estaba sujeto por una corona que no tenía ni hojas ni flores comunes, sino pequeñas estrellas centelleantes que iluminaban el cuarto entero. Sin embargo, estas estrellitas no le parecieron gran cosa a Lady Lucía en comparación con los ojos de la encantadora forastera, los que no sólo brillaban con el resplandor más translúcido sino que además enviaban compasión y amor celestial al mundo.

La extraña doncella llevaba en su mano una gran jarra de cobre, de la cual salía el suave aroma del noble jugo de uva. Con esta jarra se deslizó hacia el cuarto de Lord Eskil, vertió un poco de vino en un recipiente más pequeño y se lo ofreció para que lo bebiera.

Lord Eskil había dormido bien y se despertó con la luz que caía sobre sus párpados, llevándose el recipiente con vino hacia sus labios. Sin embargo, como aún se encontraba medio dormido, casi ni se enteró del milagro que estaba ocurriendo – tan sólo se percató de que el vino sabía muy rico y se lo bebió hasta la última gota.

Pero como este vino – que de seguro fue la noble malvasía – inducía el sueño, Lord Eskil volvió a quedarse dormido sobre la cama ni bien terminó de vaciar el recipiente. Al mismo tiempo, la hermosa y santa doncella se deslizó fuera del cuarto, dejando a Lady Lucía en un estado de tembloroso asombro y renovada esperanza.

Sin embargo, la ilustre benefactora no se limitó a servir sólo a Lord Eskil, sino que en aquella fría y oscura mañana de invierno caminó por los oscuros pasadizos del castillo sueco, ofreciendo un trago de este chispeante vino del sur a cada uno de los adormilados guerreros.

Todo aquél que lo tomó pensó que había probado la felicidad celestial, pero ninguno permaneció despierto sino que todos cayeron inmediatamente en un sopor lleno de sueños de campos de eterno verano y sol.

Tan pronto como la maravillosa aparición se esfumó, así también se esfumaron por completo el miedo y la impotencia que habían pesado sobre Lady Lucía durante toda la noche. Se vistió apresuradamente y llamó a todas las personas de la casa a trabajar.

Todos estuvieron muy ocupados durante esa larga mañana de invierno, preparando el banquete de bienvenida para Lord Eskil. Rápidamente se prepararon terneras jóvenes, cerdos, gansos y gallinas; la masa se puso a levar; se encendieron fuegos y se avivó el carbón debajo de los asadores y de los hornos; los nabos fueron pelados; y se cocinaron tortas de miel para el postre.

En el salón de banquetes se cubrieron las mesas con manteles, se desempaquetaron las costosas velas de cera de los grandes baúles, y se pusieron tapices y cojines de plumas sobre las bancas.

Mientras se llevaban a cabo todos estos preparativos, el amo y señor del castillo dormía, junto con todos sus hombres. Cuando Lord Eskil finalmente despertó, se dio cuenta por el sol que ya era mediodía; no sólo se sorprendió de haber dormido tanto, sino también de que se le hubiese pasado la cólera que lo había consumido la noche anterior. Su esposa se le había aparecido en sus sueños matinales con tanta amabilidad y dulzura que ahora no comprendía cómo había sido capaz de haber pensado en condenarla a un castigo tan duro e infame.

“Quizás no sea tan terrible como Lady Rangela me lo presentó”, pensó. “Por supuesto que no la podré mantener como mi esposa si despilfarró mis bienes, pero quizás sea suficiente si la envió de vuelta donde sus padres sin castigo adicional”.

Cuando salió de su recámara, sus ocho hijos le dieron el encuentro y lo condujeron hacia el salón de banquetes. Allí, sus hombres ya estaban sentados sobre las bancas, esperando impacientemente su presencia para que el festín pudiese empezar, pues las mesas en frente de ellos estaban llenas de todo tipo de exquisiteces.

Sin mostrar temor alguno, Lady Lucía se sentó al lado de su esposo, aunque no se encontraba libre de toda ansiedad. Si bien había sido capaz de producir una comida apresuradamente, no contaba con cerveza o vino, los que no podían ser producidos tan rápidamente; y dudaba que Lord Eskil se diese por bien servido si el desayuno no incluía cerveza y vino.

En ese momento se percató que la gran jarra de cobre de la santa estaba sobre la mesa, llena hasta el tope con un vino fragante. Otra vez volvió a sentir una inmensa felicidad ante la protección de su compasiva santa y vertió un poco de vino para Lord Eskil, mientras le contaba cómo había llegado ese vino al castillo. Él la escuchaba estupefacto.

Una vez que Lord Eskil hubo probado el vino, el que ahora no tenía un efecto adormecedor sino un efecto restaurador y ennoblecedor, Lady Lucía se llenó de coraje y le contó acerca del viaje. Lord Eskil estaba muy serio al comienzo, pero cuando ella le contó acerca de Master Kolbjörn, el párroco, él exclamó: "Master Kolbjörn es un buen amigo mío, Lady Lucía, estoy extremadamente contento de que pudieses ayudarlo".

De igual forma ocurrió con el granjero que había sido compañero de Lord Eskil en muchas campañas, y con las mujeres piadosas pues una de ellas era su pariente, y con Lasse, el mercader del pueblo de comerciantes, quien había traído ropa y armas del extranjero para Lord Eskil. Mucho antes de que Lady Lucía terminase su historia, él no sólo ya la había perdonado sino que además le estaba inmensamente agradecido de que hubiese ayudado a tantos de sus amigos.

Pero el miedo que Lady Lucía había tenido la noche anterior volvió a recaer sobre ella cuando terminó diciendo con voz temblorosa: "Ahora, mi querido señor, creo haberme equivocado al repartir sus bienes sin haberle consultado, pero le ruego que tome en cuenta mi juventud e inexperiencia para que así pueda perdonarme".

Cuando Lady Lucía hubo dicho esto, Lord Eskil se dio cuenta de que su esposa era tan virtuosa que hasta uno de los ángeles del cielo había adoptado su forma terrenal para así poder ayudarla. En ese momento pensó que, si bien a él lo consideraban un hombre sabio y refinado, sin embargo había estado a punto de ventilar su cólera sobre Lady Lucía. Entonces sintió una gran vergüenza en su corazón, de forma que bajó los ojos y fue incapaz de responder palabra alguna.

Cuando Lady Lucía lo vio sentado de forma tan silenciosa y con la cabeza gacha, sintió miedo otra vez y quiso llorar y salir corriendo de su asiento. Sin embargo, en ese momento la compasiva Santa Lucía entró – aunque invisible para todos – y se inclinó sobre la joven mujer, susurrándole al oído lo que tenía que decir. Y estas palabras eran las mismas que Lady Lucía deseaba decir, pero que sin el ánimo celestial no se hubiese atrevido debido a su propia timidez.

–"Mi querido esposo y señor, quisiera pedirle una cosa más", dijo ella. "Y es que pase más tiempo en casa para que nunca vuelva a sentirme tentada de actuar en contra de su voluntad y además pueda demostrarle así todo el amor que siento por usted. De esta forma nunca nadie podrá interponerse entre nosotros".

Estas palabras llegaron directamente al corazón de Lord Eskil, quien levantó la cabeza y experimentó tanta alegría que en ese instante desapareció su vergüenza.

Justo cuando se disponía a darle una muy amorosa respuesta a su esposa, uno de los administradores de Lady Rangela entró corriendo al salón de banquetes. Apresuradamente contó que Lady Rangela había salido temprano en dirección al castillo para estar presente cuando se le aplicara el castigo a Lady Lucía, pero que en el camino se había encontrado con varios granjeros que hacía tiempo la detestaban debido al peaje que cobraba en el puente y, cuando en la oscuridad del amanecer la vieron sola con un sirviente, ahuyentaron a este último y la bajaron del caballo y la mataron de forma infame.

El administrador de Lady Rangela estaba buscando a los asesinos y le pidió a Lord Eskil que mandara a sus hombres para que lo ayudaran en la búsqueda.

Entonces, Lord Eskil se paró y con voz fuerte y seria dijo: "Me parece que lo más apropiado sería dar una respuesta a la petición de mi esposa, pero antes de hacer eso lidiaré con Lady Rangela. Y ahora digo que, según lo que me concierne, ella no debería de ser vengada y por lo tanto no mandaré a mis hombres a una revancha sangrienta por ella, pues creo firmemente que fueron sus propias acciones las que acarrearón esto sobre ella".

Una vez que Lord Eskil terminó de decir esto, se volteó hacia Lady Lucía y le habló con una voz tan dulce que todos se sorprendieron con la suavidad de su tono.

"Pero ahora le responderé a mi querida doncella, a la que no sólo perdono de todo corazón, sino a la que pido perdone mi vehemencia. Y, debido a que este es su deseo, le pediré al rey que escoja otro consejero ya que de ahora en adelante quiero entrar al servicio de dos nobles damas. Una es mi esposa y la otra es Santa Lucía de Siracusa, a quien elevaré altares en todas las iglesias y capillas de mis tierras, suplicándole que mantenga viva y ardiendo dentro de nosotros – que sufrimos el frío del Norte – esa chispa y estrella guiadora del alma llamada compasión".

FIN

[Notas de la Traductora](#)

Este cuento fue traducido del libro "THE CHRISTMAS STORY BOOK". En este libro podrá encontrar una colección de más de cincuenta historias, leyendas y cuentos folclóricos que reflejan el espíritu de las fiestas de Adviento, Navidad y Epifanía. Este libro puede ser adquirido en cualquier librería que ofrezca libros en inglés para la educación Steiner o Waldorf.

M. Pilar Bastida

Temprano por la mañana del 13 de diciembre, cuando el frío y la oscuridad se apoderaban de la región de Värmland cuando yo era niña, Santa Lucía llegaba a todas las casas esparcidas por entre las montañas de Noruega y el río Gullspang, el que fluye hacia el lago Värmland. Ella todavía llevaba puesta, al menos ante los ojos de los niños pequeños, una vestimenta blanca hecha con luz de estrella, y sobre su cabello llevaba una corona verde encendida con flores de luz, despertando a aquellos que dormían siempre con una bebida caliente y fragante en su jarra de cobre.

En aquellos días nunca presencié nada más hermoso que el momento en el que se abría la puerta y Santa Lucía entraba a la oscuridad de mi cuarto. Es mi deseo que ella nunca deje de mostrarse en los hogares de Värmland, pues ella es la luz que vence la oscuridad, ella es la leyenda que vence el olvido, y ella es el calor del corazón que convierte la congelada campiña en algo encantador y soleado en medio del duro invierno.

Selma Lagerlöf